

fianza: «Nuestro ejército no está tan abatido; todavía podemos llamarlo a las armas para una tentativa suprema.» Al oír estas palabras Moltke le interrumpió y con aplastante laconismo le dijo: «No tenéis víveres; no tenéis municiones; vuestro ejército está diezclado. Podéis examinar las posiciones alemanas; con nuestra artillería podemos aniquilaros en dos horas.» Y en efecto, quinientos cañones apuntaban desde todas direcciones á Sedán.

Era inútil hablar más; un incidente, sin embargo, prolongó la conferencia. Castelnau, con voz vacilante, rompió el silencio diciendo: «Creo llegado el momento de transmitir un mensaje del emperador. El emperador me ha encargado que hiciera observar á Su Majestad que le había enviado su espada sin condiciones y se había entregado personalmente á su discreción, esperando, en cambio, que una confianza tan absoluta conmoviera al rey.» Bismarck, que había escuchado al general con gran atención, le preguntó: «¿Es todo cuanto tenéis que decir?» y habiendo hecho Castelnau un signo afirmativo, añadió: «¿Qué espada ha entregado Napoleón? ¿La espada de Francia ó la suya? Si es la espada de Francia, vuestro mensaje podría tener un carácter gravísimo.—Es solamente la espada del emperador,» contestó el general. Bismarck guardó silencio y permaneció impasible; en cambio, dícese que un rayo de alegría iluminó el glacial semblante de Moltke, el cual apresuró á decir: «Si es así, en nada cambian las condiciones;» y con acento de condescendencia, de esa condescendencia que se manifiesta con aquellos á quienes ya no se teme, añadió: «Respecto del emperador, obtendrá para su persona todo cuanto le plazca pedir.»

Dos horas hacía que duraba la conferencia, de la que aquí sólo referimos los incidentes principales. Franceses y alemanes se habían levantado; habíanse pedido ya los caballos, y sin embargo no se había convenido nada. Entre los que acababan de combatir frente á frente en el campo de batalla y que tal vez al otro día seguirían combatiéndose, reinaba un silencio más impresionante que cualquier ruido de palabras. «Reanudaremos la batalla, dijo al fin Wimpffen.—Sea, replicó Moltke; la tregua expira mañana á las cuatro, y á las cuatro romperé el fuego.» Bismarck intervino de nuevo en la discusión: «¡Ah, general!, dijo; tenéis soldados valientes, heroicos; nos habéis infligido y podéis todavía infligirnos grandes pérdidas, pero ¿de qué servirá esto? Toda ulterior resistencia sería una locura y de ello va á convencerse el Sr. de Moltke.» Los comisionados volvieron á sentarse. «Os afirmo de nuevo, dijo Moltke, que una tentativa para abrir brecha en nuestras líneas no puede prosperar. No conocéis la topografía de Sedán. En dos horas puedo abrasarlo todo.» Y en tono aún más rudo añadió: «A las cuatro de la mañana termina la tregua; no os concederé prórroga alguna.»

En la situación extrema en que el destino le había colocado, ¿podía, quería Wimpffen otra cosa que salvar las apariencias? Ante el lenguaje empleado por Moltke cedió y su única preocupación fué, al parecer, no eludir la inevitable capitulación, sino compartir con alguien el peso de la misma. Y sin hablar ya de reanudar la batalla, dijo: «Es preciso que consulte con mis colegas. Necesito un plazo.» Viendo que Moltke se negaba á ello, Bismarck díjole en voz baja algunas palabras que, se-

gún pudieron entender los oficiales franceses, significaban que el rey llegaría á las nueve y que era conveniente esperarle. «Os concedo hasta las nueve, dijo el general en jefe; pero este es el último límite.» Discutiéronse todavía algunos detalles y después se levantó la conferencia; Wimpffen montó á caballo y con su estado mayor regresó á Sedán.

## XII

En Sedán transcurrió la noche entre los proyectos y los ensueños de aquellos que se rebelaban contra la idea de ser hechos prisioneros, y ante cuyos ojos desfilaba, como alucinación á la vez brillante y cruel, la imagen de las grandes cargas imperiales, de las grandes cabalgadas heroicas que en otro tiempo habían conquistado no sólo la salvación, sino también la victoria. Pero las almas se exaltaban con estos recuerdos, para caer de nuevo en un desaliento abrumador, porque todo lo que antes fué posible gracias al escaso alcance de las armas, resultaba quimérico enfrente del armamento prusiano, y ni siquiera podría contarse con el beneficio de la sorpresa, ya que el honor exigía denunciar previamente el armisticio. Moltke no había exagerado las fuerzas de que disponía: desde los puntos más elevados de la ciudad veíase distintamente la larga línea circular de los fuegos enemigos; la artillería estaba en posición, dispuesta á lanzar sus proyectiles; las guardias principales estaban sobre las armas, pendientes de una vigilancia que la victoria no había debilitado, y cumplían hasta el fin y con impasible tranquilidad su tarea regular, metódica, implacable. Detrás, descansaba el inmenso ejército, más de 200.000 hombres, fuerza real, efectiva, en la que no estaban incluidos los no combatientes: durante largo rato habían resonado los *lieds* piadosos y patrióticos, expresión de alegría profunda, grave, concentrada; pero ahora todos dormían acariciando en sueños no triunfos nuevos, sino la visión de la familia á quien volvían á ver, de la guerra que había terminado. Mas precisamente porque los vencedores, salvo los prusianos de la vieja Prusia, eran militares por ocasión más bien que por naturaleza, precisamente porque deseaban con pasión la paz, se prestarían á todo antes que dejar escapar el supremo triunfo que les aseguraría el regreso al hogar.

Amaneció. El emperador no podía convencerse de que se mostrasen implacables hasta el fin aquellos que tan lisonjeras palabras le habían prodigado, así es que mandó preparar sus coches y á las seis salió de Sedán por el arrabal de Torcy para avistarse con el rey Guillermo. A la puerta de la ciudad algunos zuevos gritaron «¡viva el emperador!» Otros, en cambio, algo más lejos, amenazaban con los puños. Cuando el coche imperial corría por la calzada de Mezieres, Bismarck, que se había alojado en Donchery y á quien acababa de avisar el general Reille, salió á recibirlo y á algunos centenares de metros antes de Donchery encontró al soberano. Uno y otro se apearon y entraron en una casa de tejedor situada á la izquierda del camino y que estaba vacía por haberla abandonado sus moradores. Había allí una mesa y algunas sillas; sentáronse, y Napoleón, que no había vuelto á ver á Bismarck desde los esplendores de la Exposición, trató con timidez, pues se sentía virtualmente destronado, de sondear el alma del canciller.

«¿No sería posible, insinuó, obtener condiciones más favorables para el ejército?—Es esta una cuestión puramente militar que incumbe al Sr. de Moltke.» Bismarck, sin embargo, deseaba que la victoria tuviera su coronamiento en la paz; así á lo menos se supone en cuanto cabe penetrar sus pensamientos en aquella ocasión. «¿Estaría Vuestra Majestad dispuesto á entablar negociaciones?», preguntó á su vez. Napoleón eludió una respuesta concreta: «¿Qué puedo hacer?, dijo tristemente. Soy prisionero de guerra.—¿Quién tiene poderes para tratar?, insistió el ministro.—El gobierno en la actualidad existente.» Así habló el soberano, mostrándose con toda intención ambiguo y no atreviéndose apenas á nombrar á la regente, tan convencido estaba de que el imperio había concluido. Bismarck comprendió la magnitud del hundimiento, y juzgando que el emperador prisionero no podía ser ya un instrumento útil, mostróse tan duro como Moltke, aunque más deferente en la forma: «No puede haber, dijo, otra solución práctica que la adoptada desde el punto de vista militar; necesitamos una prenda, y esta prenda es Sedán, es el ejército.»

Napoleón comprendió lo que aquellas palabras significaban y salió de la casita; sin embargo, cuando estuvo fuera, concibió una última esperanza, y sentándose en un banco cerca de la puerta y de cara á la calzada, dijo á Bismarck, que estaba junto á él: «¿No podría el ejército pasar á Bélgica para ser allí desarmado é internado?» Con respetuoso laconismo el canciller dispuso aquel resto de ilusión. Habiéndose desviado algo la conversación de su primitivo objeto, el emperador habló de la guerra, diciendo que la opinión pública la había querido, é insistió en ver al rey. «Está bastante lejos de aquí, en Vendresse,» replicó el primer ministro, atento á retardar la entrevista y temiendo, quizás sin razón, que su soberano sintiera tentaciones de generosidad. En el entretanto habíase buscado un alojamiento más decente para el soberano vencido, y este alojamiento fué el pequeño castillo deshabitado de Bellevue, cerca de Fresnois: allí fué conducido Napoleón, bajo la escolta de los coraceros alemanes, como huésped y también como prisionero; allí había de ver al rey, pero después de la capitulación, es decir, cuando, resuelto todo, ni Guillermo tendría nada que ofrecerle ni el emperador nada que pedirle.

Mientras el monarca francés se alejaba de Sedán, Wimpffen convocaba á los generales, que acudieron en número de treinta, y les resumió las negociaciones de la víspera y nuestra situación. A las palabras del comandante en jefe sucedió un silencio consternado; después, dos generales, Carré de Bellemare y Pellé, y tal vez otro, protestaron; pero cuando se les preguntó qué era lo que proponían permanecieron silenciosos. Las circunstancias no consentían largos debates, y mientras los generales deliberaban, presentóse un oficial prusiano recordándoles que las horas pasaban y que á las diez se reanudaría el fuego: la dura mano del enemigo cerraba la boca á los obstinados; y ante esta última intimación de la fuerza levantóse la sesión.

Wimpffen se dirigió al castillo de Bellevue. Los alemanes, seguros del resultado definitivo, habían redactado durante la noche el texto de la capitulación y lo habían hecho aprobar por el rey. En estas condiciones,

todo debate habría sido una humillación más; así es que no se discutió. Según las cláusulas del convenio, todo el ejército quedaría prisionero, todo el material sería entregado y la plaza de Sedán pasaría á manos de las autoridades enemigas. En un solo punto se suavizó el rigor: los generales y los oficiales podrían librarse del cautiverio, mediante que se comprometieran por escrito á no hacer armas contra Alemania mientras durase la guerra. Esta concesión, hija de una benevolencia equívoca, era la de todas la menos deseable, puesto que á ella se acogerían algunos oficiales para separar su suerte de la de sus soldados.

El emperador esperaba en el primer piso de su alojamiento; fuera, iban llegando tropas alemanas que lanzaban hurras; y en el patio del castillo, el consejero íntimo Abeken tomaba notas con lápiz de los extraordinarios acontecimientos: «Quiero, escribía, trazar estas líneas para conservar el recuerdo de estos días memorables.» Algunos corresponsales de periódicos ingleses trataban de acercarse á aquel sitio, espían los ruidos, recogían las frases y tomaban croquis. Cuando se hubo firmado la capitulación, se avisó al rey, el cual, imposibilitado desde aquel momento para dejarse llevar por sus propios impulsos, se presentó muy alegre, aunque no tanto como sus familiares: «Temo, decía, que este suceso que pertenece á la historia del mundo, no nos traiga todavía la paz.» Así que vio al emperador, dirigióle estas palabras: «La suerte de las armas ha decidido entre nosotros;» pero casi inmediatamente, comprendiendo la dureza de estas palabras, cambió de tono y cogiendo las manos del monarca le expresó muy cortésmente la pena que sentía. El emperador estaba sereno y, al decir de los alemanes, parecía aligerado de un gran peso: quizás la consideración de su dignidad le obligaba á disimular su dolor; acaso también, después de haber llegado á lo más hondo del infortunio, sentíase aliviado al pensar que ya nada tenía que temer ni que desear. Poco se sabe de la entrevista [entre los dos soberanos; poco importa, sin embargo, lo que en ella ocurriera, puesto que Napoleón ya no era dueño de Francia, ni del ejército, ni de sí mismo. Al cabo de veinte minutos salió y, dirigiéndose á sus oficiales, les dijo: «Señores, vamos á Wilhelmshöhe (1).»

### XIII

Oficiales y soldados permanecían amontonados confusamente en Sedán. Por la tarde, una orden del día de Wimpffen hizo pública la capitulación, y al enterarse de ella, unos manifestaron un dolor patriótico; otros se indignaron contra los generales, á quienes calificaban de ineptos y de traidores; y muchos mostraron una sombría indiferencia, pues todo lo habían agotado, hasta la indignación. Lo más urgente era vivir, así es que los jefes se dedicaron á asegurar algunas distribuciones. Depositáronse las armas en los almacenes, quemáronse las banderas y se apagaron los incendios, aunque no todos, pues en Bazeilles veíanse todavía grandes columnas de llamas y de humo, y se decía que los bávaros, dueños de la aldea, lejos de combatir el fuego, encendieron nue-

(1) Recuerdos del general de la Moskowa, ayudante del emperador (*Correspondant*, 25 de diciembre de 1898, págs. 967-968).

vas hogueras (1). A todo esto, el viento traía el rumor de inmensas aclamaciones: eran los saludos de las tropas alemanas al rey que visitaba el campo de batalla.

El día 3 de septiembre partió el emperador, á quien se había autorizado para pasar por Bélgica, y que iba acompañado por algunos de sus ayudantes, por dos oficiales alemanes y por una escolta de húsares prusianos. Por Vigne-au-Bois y Saint-Menges dobló la península del Mosa y penetró en la selva de las Ardenas. Apenas habían pasado la frontera, cuando un coronel de cazadores belgas les atajó el paso invocando la neutralidad violada. Uno de los oficiales alemanes se apeó y le murmuró algunas palabras al oído; entonces el coronel lanzó un grito de sorpresa y volviéndose á los prisioneros les dijo con respetuosa conmiseración y saludándoles con la espada: «Continuad, señores; y que Dios os guarde.» Una hora después, los viajeros estaban en Bouillon, desde donde y al través de Bélgica llegarían á Alemania y luego á Wilhelmshöhe.

Aquel día 3 de septiembre había de ser el primero del cautiverio: 21.000 hombres habían sido hechos prisioneros durante la batalla; 83.000 acababan de caer en manos del enemigo por virtud del acta de capitulación (2). Los alemanes se preocuparon más de asegurar su presa que de mostrarles humanos. Al Noroeste de Sedán, la península de Iges, rodeada por tres lados por el Mosa y cerrada al Sur por el canal de Glaires, formaba una cárcel natural; y en aquellos lugares de fácil vigilancia fueron amontonados los vencidos como si se tratara de un rebaño: no había allí albergues, ni leña, ni se hacían distribuciones regulares de víveres; las lluvias abundantes que sobrevinieron, humedecieron el suelo y aumentaron la insalubridad y las enfermedades; se desenterraron las patatas que había plantadas en el campo y se sacrificaron algunos caballos; y la administración alemana envió algunas cabezas de ganado y unos cuantos carros de víveres, recurso irrisorio para tal muchedumbre. Y en el entretanto, al otro lado del Mosa se relevaban los centinelas, dispuestos á fusilar á quienquiera que tratase de evadirse. El 4 de septiembre, Wimpffen partió para Stuttgart, separándose de sus soldados más pronto de lo que á un comandante en jefe correspondía. Ducrot, que no partió hasta el 7, y Lebrun, que se quedó hasta el 11, hicieron cuanto pudieron para aliviar la suerte del ejército. A partir del 6 de septiembre, salieron sucesivamente para Alemania los convoyes, compuestos cada uno de 2.000 hombres y escoltados por batallones de la *landwehr*: así fué evacuada la península de Iges, el *Campamento de la miseria*, como la denominaron los soldados; y muy grandes debieron ser los padecimientos que allí sufrieron para que muchos consideraran como un beneficio el abandonar aquel sitio aunque fuese para marchar á un país extranjero.

Aquellas lúgubres comitivas no constituían todo el ejército: el día 31 de agosto y aun en la misma mañana del 1.º de septiembre lograron evadirse por el Oes-

(1) Carta del alcalde de Bazeilles al general Lebrun (Lebrun, *Bazeilles, Sedán*, pág. 325).

(2) Véase *La guerre franco-allemande*, tomo II, pág. 1225. — Esta cifra de 21.000 prisioneros hechos durante la batalla parece muy exagerada, á menos, sin embargo, de que los alemanes incluyan en esta enumeración un cierto número de heridos que durante la acción cayeron en su poder.

te algunos soldados á quienes se había de llamar los *rompe-filas* y de festejar en grande, aunque sólo Dios sabe en qué proporción estas fugas se inspiraron en el deseo de reservarse para la patria ó de substraerse al combate; otros, en número de 3.000 aproximadamente, llegaron á Bélgica, en donde fueron internados. Había además que descontar las víctimas de la batalla: el número de nuestros heridos ha sido calculado por los prusianos en 14.000 y en 3.000 el de los muertos (3); cinco generales habían recibido heridas mortales y en todas partes se encontraban cadáveres, bajo los escombros de Bazeilles, en las canteras de Floing, en las ver-



El general Carré de Bellemare

tientes de Illy y en el bosque de la Garenne. La mayoría de las bajas habían sido causadas por la artillería que, salvo en Bazeilles, había representado el principal y casi único papel en la batalla. Los vencedores se apresuraban á enterrar los pobres restos porque el número de los muertos y la aglomeración extraordinaria inspiraban temores de contagio. De todos los que habían sucumbido más que por la victoria por el honor, debían quedar muy pocas huellas: una capilla en Bazeilles, algunas tumbas en el cementerio de Floing, aquí y allá algunas losas sueltas y nada más. Sin embargo, casi en la cima de la meseta en donde se había luchado tan valerosamente, álzase todavía entre los dos tilos que le dan sombra la cruz de piedra del calvario: modesta como nuestra suerte, pequeña y como decapitada, á semejanza de la misma Francia, había de ser como el signo redentor del gran cementerio bajo cuya protección reposarían en paz los muertos humildes y gloriosos que habían sucumbido por la patria.

Mientras terminaban estos fúnebres cuidados, el rey Guillermo se disponía á partir de Vendresse para dirigirse hacia Rethel, luego hacia Reims y finalmente hacia París; pero antes de abandonar el lugar de su victoria quiso reunir en un homenaje común á los que ha-

(3) *La guerre franco-allemande*, tomo II, pág. 1225.

bían cimentado su grandeza, y el 3 de septiembre, al final de un banquete, juntó en un mismo brindis á sus tres ilustres servidores: al general de Roon, que había afilado la espada, al general de Moltke, que la había dirigido, y al conde de Bismarck, que había indicado el camino que debía seguirse (1). Teniendo sólo en cuenta la dirección general de la guerra, la alabanza era bien merecida; también se justificaba aquella explosión de alegría si se evaluaban las ventajas políticas ó militares ó los provechos materiales de la última batalla. Los alemanes no dejaron de inventariar los despojos: 419 cañones de campaña ó ametralladoras, 139 piezas de plaza, 1.072 carros y 66.000 fusiles; tal fué el botín de que se apoderaron. Las pérdidas, aunque ascendían á cerca de 9.000 hombres, parecían moderadas en comparación con el resultado obtenido (2). En cambio, la desigualdad de los recursos había de menugar un poco la gloria de la fructuosa jornada: los efectivos del enemigo eran casi dobles de los nuestros y doble era también su artillería; nosotros estábamos encerrados en Sedán y nuestros adversarios ocupaban todas las posiciones que nos dominaban; finalmente, las mismas victorias que habían envalentonado á los alemanes habían desmoralizado á nuestros soldados, y si en aquella jornada de Sedán los franceses que habían combatido se habían portado admirablemente, la verdad obliga á añadir que algunos, de antemano fatigados, no habían combatido poco ni mucho.

Esta desproporción quita á la batalla del 1.º de septiembre algo del interés dramático que despiertan los grandes duelos de los pueblos. En Saint-Privat y sobre todo en Rezonville, un soplo de victoria había henchido á intervalos nuestras banderas, y con ello habíanse sentido todas las emociones intensas de la partida terrible en que se jugaba la suerte de la patria; pero en Sedán, la certidumbre del desenlace destruía esa parte de esperanza que anima las luchas humanas. Casi todas las grandes batallas de la historia se distinguen por un rasgo especial; lo que caracteriza á la de Sedán es, por parte de nuestros adversarios, un alarde de fuerza material, mecánico, brutal, como jamás se había visto otro semejante. Al amanecer hubo una empeñada lucha de infantería en Bazeilles, pero fué un simple episodio, un simple combate parcial, aunque largo, tenaz y sangriento, ya que muy pronto aparecieron las baterías, ocuparon las alturas por todos lados, y lo barrieron, pulverizaron y dispersaron todo. Fué el triunfo de la ciencia aplicada al arte de destruir, el triunfo de la muerte llevada á gran distancia y á adversarios impotentes para contestar: en una palabra, la batalla, más que una lucha fué un aniquilamiento.

¿Hubo en aquella jornada algún momento en que fuera posible la salvación? Según todas las apariencias, en las primeras horas se habrían podido dirigir hacia el Oeste algunas porciones del ejército, haciendo que regresara hacia el Norte, hacia París, no todo, pero sí algo. De todos modos la lucha sostenida á la salida del desfiladero de Saint-Albert permitía las combinaciones

(1) Abeken, *Ein schlichtes Leben in bewegter Zeit*, pág. 407.

(2) *La guerre franco-allemande*, tomo II, pág. 1225.

de la habilidad y reservaba algunas probabilidades al valor; y Ducrot se aferró fuertemente á esta idea, la única digna de un hombre de guerra. Ya sabemos lo que sucedió después: el abandono de aquel plan fué fatal para el país, pero tal vez con ello salió gananciosa la memoria de Ducrot, porque Francia, que habría ignorado eternamente la catástrofe total de que se había librado, no hubiese tenido en cuenta para la gloria del general lo que éste habría salvado, y en cambio le hubiese echado siempre en cara lo que habría dejado perder.

Aquella fué la única oportunidad que se presentó. Después no quedó más recurso que rendirse ó morir. Cuando el tiempo ha borrado la huella de los dolores privados, los pueblos menos agradecen á sus soberanos la sangre ahorrada que se enorgullecen de la sangre vertida. Tal vez condenando á sus soldados y condenándose á sí mismo á una pérdida cierta, Napoleón habría podido, á costa de una espantosa tragedia, salvar á la leyenda imperial y á su dinastía de un golpe mortal; pero el alma del monarca, muy aguerrida contra los peligros personales, era demasiado humana para estas feroces inmolaciones. Un día, hablando en Chislehurst con uno de los que le visitaban en su destierro, decía: «Han supuesto algunos que sepultándonos bajo las ruinas de Sedán habríamos servido mejor á mi nombre y á mi dinastía; es posible, pero tener en la mano la vida de millares de hombres y no hacer un signo para salvarlos era cosa superior á mis fuerzas.» Y añadía el pobre príncipe: «Mi corazón rechaza estas siniestras grandezas.» ¿A quién no conmueven estas palabras? La verdadera historia aplica sus severidades á la época en que las faltas se cometen, no en la época en que las faltas se pagan. Las faltas son la increíble serie de aberraciones, de ignorancias, de ensueños ambiciosos y débiles que habían puesto las cosas á punto para la última humillación; Sedán es la expiación simplemente. Durante todo el reinado hubo culpables; el día 1.º de septiembre, en la pequeña plaza fuerte en donde se hundió Francia, hubo principalmente desgraciados, y en medio de éstos, el emperador, más infortunado que los demás, ya no era nada. Cuando todo se hubo derrumbado, cuando se llegó al extremo de rechazar el mando los mismos que antes lo solicitaran, el monarca intervino con la tristeza impasible de su grandeza desilusionada, y antes de caer para siempre, volvió á ser por última vez el soberano para contener la efusión de sangre. No sé si me engaño, pero, en mi concepto, este último acto completa el retrato del hombre funesto, pero no odioso, complejo y complicado, pero no vulgar, ofuscado, pero no despreciable, quimérico, pero generoso, cuya historia toca á su término. La Providencia, al herirle, se negaba á degradarlo del todo, y sobre aquella existencia, en la que todos los rayos se apagaban, dejaba brillar ese rayo divino que nace de la bondad. El pobre emperador, que siempre había sido bueno, lo sería hasta el fin; la bondad sería su característica y subsistiría como una armonía postrera en medio de todas las incoherencias de su reinado; y el que toda su vida había sido príncipe humanitario coronaría, á lo menos, su historia con un acto de humanidad.

## LIBRO CUADRAGÉSIMO SEXTO

### EL 4 DE SEPTIEMBRE

- SUMARIO: I.—París: los días 1.º y 2 de septiembre; noticias que llegan por conducto del general Vinoy; cómo se completan las informaciones.—Día 3 de septiembre; sesión de la Cámara: divulgación oficial del gran desastre.
- II.—Conductas que puede seguir el gobierno: consejo de ministros; cómo el gobierno no sabe ni concentrar vigorosamente el poder en sus manos ni desprenderse de él oportunamente en favor de la Cámara.—El Cuerpo legislativo: cómo el Sr. Schneider convoca la Cámara para una sesión nocturna.—La sesión de la Cámara: declaración de Palikao; cómo no formula ninguna proposición.—Julio Favre: proposición de destitución: se levanta la sesión.—Abatimiento que reina entre los consejeros y los funcionarios de la regencia.
- III.—El 4 de septiembre: aspecto de la ciudad al comienzo de la jornada.—Disposiciones que reinan en el Palacio Borbón: la izquierda: Thiers y los centros; la mayoría.—Consejo en las Tullerías: el Sr. Schneider; concesiones que parecen resueltas; cómo estas concesiones son tardías é incompletas.
- IV.—Cómo aumentan las bandas populares: ¿hubo conspiración ó manifestación espontánea?—Cuáles eran las fuerzas de que disponía el gobierno para mantener el orden; qué hombre únicamente habría podido inspirar confianza y hacerse obedecer: Trochu; su condición; papel que desempeñó.
- V.—Llegada de la fuerza pública.—Los espectadores de las tribunas; aspecto del salón antes de abrirse la sesión.—Los diputados; conferencias y conciliábulos; el Sr. Buffet y algunos de sus colegas en las Tullerías.—La sesión parlamentaria: las tres mociones: el general de Palikao; Julio Favre; Thiers.—Reunión en las secciones: opinión favorable al proyecto de Thiers: nombramiento de la Comisión; tumulto que se produce de repente en el palacio legislativo.
- VI.—La manifestación: cómo algunos destacamentos de guardias nacionales no requeridos para el servicio logran pasar el puente de la Concordia.—La policía recibe orden de retirarse.—Conferencias junto á las verjas del palacio: cómo estas verjas se entreabren y acaban por ceder del todo.—Los primeros invasores: esfuerzos para contenerlos; cómo es invadido el mismo salón de sesiones.—Gambetta; el Sr. Schneider.—Cómo el Sr. Schneider abandona el sillón presidencial.—Los facciosos son dueños del salón de sesiones.—Cómo los diputados de la izquierda, desesperanzados de contener la revolución, deciden adherirse á ella; de qué modo arrastran á la multitud hacia el Hotel de Ville (Casas Consistoriales).
- VII.—El Hotel de Ville: formación del gobierno provisional.—Trochu: su adhesión.
- VIII.—Las Tullerías: huida de la emperatriz.—El Senado: su última sesión.—El Cuerpo legislativo: sesión en el comedor de la presidencia; conferencias con los diputados instalados en el Hotel de Ville y cómo fracasan estas negociaciones.—Estado de la ciudad durante la noche del 4 de septiembre.
- IX.—Cómo desaparecen las últimas huellas del imperio.—La familia imperial.—Los funcionarios.—Última protesta del Cuerpo legislativo.—Cómo la población parisiense, después de las manifestaciones del 4 de septiembre, recobra al día siguiente su lucidez y con ella la conciencia de sus inmensos peligros.—El segundo imperio ha terminado.—Los prusianos se aproximan á París.

### I

Los días 29, 30 y 31 de agosto habían transcurrido en París sin noticias positivas, y era opinión general que los prusianos, abandonando el camino de la capital, se dirigían hacia Vouziers y Montmedy. Como no había informes oficiales, los periódicos acogían los rumores y á los caprichosos relatos de toda clase añadían una erudición geográfica no menos caprichosa. Para dar ánimo, se detallaba, se ampliaba todo cuanto desfavorable á nuestros enemigos contenían las correspondencias extranjeras, diciendo que estaban organizados para una campaña pequeña, no para un esfuerzo duradero; que ya sufrirán á consecuencia de las marchas, de las intemperias, de las privaciones; que habían perdido desde el comienzo de la guerra 200.000 hombres y que cada día de hostilidades les costaba 10 millones. Pero ni esta abundancia de consideraciones ni este exceso de optimismo tranquilizaban los espíritus, y el público, inquieto por tan largo silencio, acusaba al gobierno de ocultar la verdad. Es más, hasta los mismos individuos del gabinete sospechaban que Palikao les ocultaba los despachos, y el ministro del Inte-

rior, Sr. Chevreau, no pudiendo ya con aquella situación, envió al teatro de la guerra á dos relatores del Consejo de Estado con encargo de traer lo más pronto posible noticias concretas (1).

El 1.º de septiembre, telegramas de origen prusiano publicados en el *Times* anunciaron la derrota de Beaumont; pero en las regiones oficiales se trató de obscurecer lo que no se podía negar y se habló de una serie de encuentros en los que las derrotas habían alternado con las victorias. Después circularon algunos despachos favorables, hasta triunfantes, pero tan inverosímiles que no hacían sino aguijonear la ansiedad; y en el entretanto, los más perspicaces, reconstituyendo una parte de la realidad, aunque sin abarcarla toda, se hacían perfecto cargo de los espantosos peligros que corría Mac-Mahón. No había que perder un momento para traer á París el ejército de Chalóns: así hablaban en el Consejo de defensa Thiers, el general de Chabaud-La-Tour, el general Trochu y hasta Jerónimo David (2).

(1) Relato manuscrito de León Chevreau.

(2) Declaración del general de Chabaud-La-Tour, proceso del general Trochu contra *Le Figaro* (*Gazette des Tribunaux*, 29 de marzo de 1872).